

BARAHONA DE SOTO, LUIS (1548 – 1595)

*ÉGLOGA DE LAS HAMADRÍADES*

I

Las bellas hamadriades que cría  
cerca del breve Dauro el bosque umbroso,  
en un florido y oloroso prado,  
en un tan triste día  
cuanto después famoso,  
por ser del pastor Pilas celebrado,  
hicieron que el ganado  
deste pastor y de otros, que, abrevando,  
al mal seguro pie de la Nevada  
Sierra hallaron, estuviesen quedos,  
los versos y canciones escuchando,  
que en loor cantaron de una mal lograda  
ninfa, después que con mortales bledos,  
tomillos y cantuesos,  
cubrieron la preciosa carne y huesos.

II

De cedros, mirras, bálsamos y palmas,  
de encienso y cinamomo<sup>18</sup>, desgajando  
flexibles varas, que, después, tejidas  
por las hermosas palmas,  
se fueron transformando  
en blandos canastillos, do las vidas,  
de sus tallos partidas,  
las frescas rosas fueron despidiendo,  
y, juntamente, de un olor precioso  
ellas y el mirto y lirio azul y blanco  
un aura delicada enriqueciendo,  
porque el Favonio, al tiempo presuroso,  
no pareciese en sólo voces franco,  
de olor, sonido y lumbre  
poniendo al mundo en celestial costumbre.

III

Silveria, de Felicio celebrada,  
y la que celebró el pastor Silvano,

reformador del bético Parnaso,  
y la que fue cantada  
del que ya gozó ufano  
del aire y cielo libertado y raso,  
dolidas más del caso,  
las hebras de brocado a las espaldas  
sueltas, por sus gargantas despidiendo  
la corriente que dan a sus pastores,  
ceñidas por las sienes con guirnaldas  
vagas y bellas, al Amor prendiendo  
con nueva aljaba y nuevos pasadores,  
honraron con su acento  
y enriquecieron el delgado viento.

## SILVERIA

### IV

No preste aliento en olmos y avellanos  
el céfiro apacible, ni nos siembre  
de aljófara cristalina el verde suelo,  
ni nos hincha las manos  
el meloso septiembre  
con dorado racimo ternuzuelo,  
ni nos otorgue el cielo  
los madroños, bellotas y castañas,  
dulces manzanas y sabrosas nueces,  
ni alegres flores dé la primavera,  
ni a las silvestres cabras las montañas  
los verdes ramos den, cual otras veces,  
y la manada de hambrienta muera,  
si no fuere aplacada  
con humos la alma de la ninfa amada.

### V

La oscura selva, de árboles tejida,  
cubierta de alcornoques y quejigos,  
a quien la [inextricable] yedra abraza,  
serán de mis gemidos  
fidísimos testigos,  
y del dolor que el alma me embaraza.  
La parlera picaza,  
diversa en paso de las otras aves,  
y desde aquellos troncos la corneja,

que sólo mal agüero nos pregona,  
dirán qué alegres versos y suaves  
por este siglo no ocupó su oreja,  
en cuanto abarca nuestra oblicua zona,  
ni si retumba el llano  
con más que Tirsa, frecuentada en vano.

## SILVANA

### VI

Pues que sus fuerzas y calor refrena  
el encendido Febo, y la villana  
gente no teme de sufrir su lumbre,  
ni ronca voz resuena  
de la cigarra vana,  
que añade en los calores pesadumbre,  
y sobre la alta cumbre  
el seco y frío temporal asoma,  
ocasionando a túmulos funestos,  
y a Tirsa nos da el cielo helada y yerta,  
mostremos el dolor que al alma doma  
en las palabras y los tristes gestos,  
y la alegría con la ninfa muerta,  
y siempre sea este día  
honrado en llanto y falto de alegría.

### VII

Solenes pompas, versos funerales  
honren cada año la dichosa tierra  
que oculta y guarda los amados huesos.  
Los castos animales  
y la blanca becerra  
con sangre ablanden los terrones tiesos.  
Violetas y cantuesos,  
ligustres, blancos lirios y azucenas,  
alhelíes, rosas, trébol, madre selva,  
aquí, marchitos, dejen lustre y vida.  
Y a questo día ofrezca tristes penas  
no sólo al río, sierra, campo y selva,  
mas a la gente oculta y escondida,  
en galos y britanos,  
y cuantos hace el sol meridianos.

## FENISA

### VIII

Si con sus rayos el noveno día  
la blanca aurora el mundo obscuro diere,  
las nubes con su rostro destruyendo,  
una novilla mía  
al que mejor corriere,  
y dos al que luchare, dar pretendo.  
Y al otro que, blandiendo  
el recio brazo, abarca mayor trecho,  
un toro de cerviz macizo y duro,  
y un buey hermoso al que mejor cantare.  
Y al que de versos epitafio hecho  
sobre el sepulcro me escribiere, juro  
darle lo que él en mi manada amare,  
y, lo que es mayor gloria,  
nombre inmortal y palma de vitoria.

### IX

Vendrá bermejo el dios de los pastores,  
con bermellón y fina sangre unguido,  
que en vivas conchas se produce y cría,  
por ambos derredores  
de sus sienes ceñido  
con las monteses ramas que solía.  
Y vendrán a porfía  
pastores fuertes, diestros, y zagales,  
cuál por correr, cuál por luchar, llevando  
dulce vitoria, premio vitorioso.  
Pues los marchitos versos funerales  
las largas faldas ornarán, pintando  
el túmulo funesto y doloroso,  
lleno de ciprés verde,  
que eternamente su color no pierde.

### X

Con casta oliva y olorosa tea,  
con la sabina yerba y el encienso,  
en sacros fuegos quemaré el redaño  
de no manchada o fea

cordera, cuyo censo  
a tal sepulcro pagaré cada año.  
Después, por fértil caño  
de los colmados vasos, la caliente  
leche, con sangre viva entreverada,  
haré mojar la víctima humosa.  
Y la yema del vino que la gente  
de la rica Lucena da a Granada,  
la triste faz de la terrestre diosa,  
vertida, humedeciendo,  
vendrá los sacrificios consumiendo.

## SILVERIA

### XI

Si les es a las almas concedido,  
desnudas ya de corporales cargas,  
prestar oreja a los piadosos llantos,  
divina Tirsa, oído  
habrás nuestras amargas  
querellas, que suspensos han a tantos  
frutales, fieras, cantos.  
Mas dondequiera que las tristes voces  
nuestras te hallen, o en el cielo ilustre,  
o al derredor de robles y manzanos,  
o ya que elíseos aposentos goces,  
pasada el agua lóbrega y palustre,  
o junto al olmo de los sueños vanos,  
rogamos que recibas  
en voces muertas intenciones vivas.

### XII

Tu alma bella nuestras selvas creo,  
hermosa ninfa, que andará lustrando  
con sosegado y saludable vuelo.  
Y así, de mi deseo  
las voces escuchando,  
nos has de ver culpar de injusto al cielo.  
Verás el verde suelo,  
de vergonzoso y triste, no dar flores,  
ni los frutales apacibles frutos,  
ni claras aguas las delgadas fuentes,  
ni los zagales publicar amores,

ni nuestros ojos, sin dolor, enjutos,  
ni las cabrillas, ni las de dos dientes,  
pacer la tierna grama,  
ni responder al hijo si las llama.

### XIII

Pues si las voces tristes comprendes,  
y ves que el humo de las piedrazufres  
no purga el hato y recental rebaño,  
y nuestro mal entiendes,  
¿por qué, mi Tirsa, sufres  
vivir los tuyos en notable engaño?  
Pues uno y otro daño,  
con sólo respondernos, sanarías,  
o con mostrarnos tu hermosa cara,  
o con dejarte ver por do pasares:  
pues tú eres, Tirsa, quien placer solías  
dar a la noche, y reducirla<sup>41</sup> clara,  
con rostro alegre y lícitos cantares.  
Mas ya tu cantilena  
nos deja sola su memoria en pena.

### SILVANA

### XIV

Tú, con palabras dulces y elegantes,  
a las contiendas término pusistes,  
mil veces [inclinados] a vitoria  
pastores litigantes,  
de suerte que salistes,  
contentos ellos, tú con igual gloria.  
Y aún tengo en la memoria  
que, a veces, en las ondas cristalinas  
mostraste tu cabeza orlada de oro,  
cantando versos del pastor Silvano,  
a cuyo son, debajo las encinas,  
el ganado de Pilas y Peloro  
rumió la yerba. El uno y otro, en vano,  
mil veces se arrojaron  
al agua, mas tus carnes no tocaron.

### XV

Yo vide, al tiempo que la aurora muestra  
en este día su rosada lumbre,  
al triste Pílas húmedas mejillas,  
a quien la mano diestra  
de la doliente cumbre  
era coluna, y della las rodillas,  
que destas florecillas  
con sus lamentos marchitó tal suma,  
y desgajó de robles tanta rama,  
rompiendo de las peñas tanta parte,  
cual suele Bóreas en la helada bruma,  
y cual el cierzo, que herido brama;  
con ardiente suspiros a invocarte  
se compelió, y cantados  
aquestos versos dijo mal limados:

## PILAS

### XVI

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento  
helado quema las fragantes yerbas,  
y el rubio trigo que en el suelo echamos  
perece en el momento.  
Las uvas son acerbas  
que de las tiernas vides desgajamos,  
y en el lugar hallamos  
de trigo, avena, y de cebada blanca,  
vallico inútil, y del lino, grama,  
y de lechuga dulce, amargo cardo.  
Ni nos alegran ya con mano franca  
Ceres y Baco, y en perpetua llama  
en todo tiempo me consumo y ardo,  
hasta que venga el día  
que goce de tu eterna compañía.

### XVII

Dos blancas reses, de vedejas llenas,  
de cada cuatro cuartos poderosas,  
ejercitadas al palestra oficio,  
de lirios y azucenas  
las frentes, y de rosas,  
coronadas, he puesto al sacrificio.  
Y siempre es mi ejercicio

honrar con premios el sepulcro amado,  
haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,  
ya con sus flores, ya con dulces frutos.  
Los toros y novillos he apartado  
de sus becerras, que con los internos  
mugidos cercan los fúnebres lutos,  
al tiempo temeroso  
que el trabajado cuerpo va al reposo.

### XVIII

Descansa en paz, hermosa, casta y bella  
y tierna carne. Que el dorado Apolo,  
con sacros versos, te eterniza y canta,  
y la noturna estrella  
que rige el primer polo  
tu tierra huella con piadosa planta.  
Y el fauno se levanta  
antes que el sol, y de apio, pino y lauro,  
y de quejigo, premios vitoriosos,  
guirnaldas hechas, en tu fiesta ofrecen.  
Y sus divinas aguas nuestro Dauro  
de leche y miel y de oro muy precioso  
sobre sus faldas siembra y enriquece,  
quedando el suelo honrado  
que fue a tus huesos por sepulcro dado.

### XIX

Loable envidia en las vecinas ninfas  
forzó a seguir de aquestos las pisadas,  
que en copas de alabastro y vidrio hechas,  
las cristalinas linfas,  
con azahar templadas,  
con rosas y violetas contrahechas,  
y en cestas nada estrechas,  
de casia y amaranto y mirabeles,  
y de alheña y saúco, tristes flores,  
y los cogollos brotadores tiernos  
de plátanos, naranjos y laureles,  
presentan por los anchos derredores  
de tu sepulcro, a quien, por mil inviernos,  
los genios apacibles  
harán tus santos huesos inmovibles

### XX

El rojo Apolo entonces, trasmontando,  
sembró de varias nubes el poniente,  
ya azules, ya violadas, ya sangrientas,  
ya aquestas despintando,  
con tal de la aparente  
color de aquestas, y otras mal contentas,  
al rostro suyo atentas,  
así imitaban el metal bruñado,  
del mismo Febo con las fimbrias de oro,  
cuanto otras de la plata el lustre claro.  
Y así las ninfas, el cantar rompido,  
volviendo al campo, do el oculto moro  
riquezas guarda con el puño avaro,  
desnudas se metieron  
en las encinas huecas do salieron.